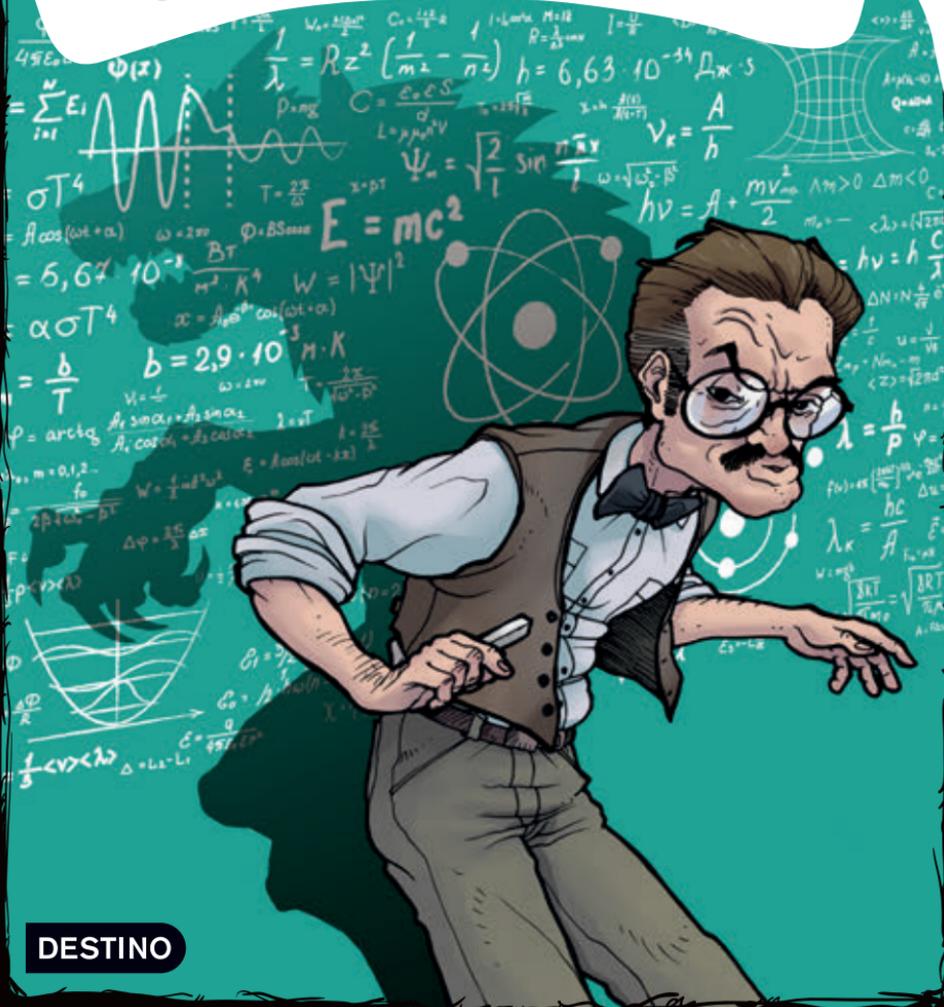


JEFF CREEPY

SUPERSUSTOS

UN COLEGIO BESTIAL



DESTINO



SUPERSUSTOS

JEFF CREEPY

UN COLEGIO BESTIAL

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Un colegio bestial*

© del texto: Carlos Abreu Fetter, 2019

© de las ilustraciones: Aleix Gordo Hostau, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20431-2

Depósito legal: B. 124-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Era un día soleado de primavera cuando la escuela primaria de Crowcester abrió de nuevo sus puertas después de las breves vacaciones de Pascua. Los chicos, en parte fastidiados por volver a clase y en parte contentos por reencontrarse con sus amigos, entraban en tropel en el viejo edificio de ladrillo granate. Avanzaban por los pasillos, riendo y gastándose bromas.

Ninguno de ellos le prestó atención a un niño pelirrojo, pecoso y con gafas de culo de botella que estaba frente a las taquillas, mirando hacia la entrada con aire nervioso, como esperando algo.

De pronto, algo duro y fino como los dedos de un esqueleto le arañó la nuca con suavidad. Sintió un escalofrío.

Sobresaltado, el chico se volvió. Una niña delgada, con gafas y cabello castaño recogido en una cola de caballo lo miraba, sonriente. Tenía una ramita en la mano.

—¡Hola, Rusty!

—¡Rose! ¡Qué susto me has dado! No te he visto llegar...

—¿Cómo me ibas a ver? ¡Siempre estás en la Luna! ¿Qué tal las vacaciones?

—Pues me he quedado ayudando a mi padre en la tienda. Un sueño hecho realidad, vaya. ¿Y tú?

—He ido al pueblo de mi abuela, como siempre —respondió Rose.

—Uf. Vaya muermo, ¿no? —comentó Rusty.

—¡Qué va, para nada! —contestó la chica—. Está en un ecosistema de matorrales muy interesante. Mira, mira lo que he recogido allí —añadió, alzando la ramita.

—Ah. Un palito —observó Rusty, sin el menor entusiasmo.

—El palito no, memo —dijo Rose con cara de exasperación—. Lo que hay en el palito. Son *Eciton malababus*.

Extrañado, el muchacho se acercó para echarle un vistazo. En efecto, numerosos insectos parduzcos con grandes antenas y fieras mandíbulas serradas pululaban por la ramita.

—Hormigas carnívoras —agregó Rose con una sonrisa radiante.

—¡AAAH! —chilló Rusty—. ¿Me has tocado el cuello con eso? Pero ¿DE QUÉ VAS?

Comenzó a pegarse palmadas en la nuca y en los hombros, en lo que parecía un baile desenfrenado que hizo reír a varios de los chicos que había cerca.

—Tranquilo. No muerden —le aseguró Rose—. Bueno, a menos que las irrites.

Rusty se quedó quieto de inmediato. Más valía no seguir tentando a la suerte.

—Pero ¿dónde vive tu abuela? ¿En la selva tropical?

—Lo he traído para la clase de ciencias —dijo Rose, sin hacerle caso, contemplando las hormigas—. Espero que le guste a la señorita Sprout.

—Aparta eso, por favor —le suplicó Rusty. Mientras ella abría su taquilla para guardar la ra-

mita, añadió—: Por cierto, he oído que la señorita Smith, la de mates, ha pedido la baja por maternidad, y que hoy vendrá un profe nuevo.

—¿Eso era lo que esperabas con tanto interés? —preguntó Rose.

—Sí —respondió él, dirigiendo de nuevo la vista hacia la entrada—. ¡Mira, debe de ser ese! —señaló.

Un hombre con bigote, gafas redondas, traje con chaleco, pajarita y un maletín en la mano acababa de cruzar el umbral y caminaba por el pasillo.



Se detuvo ante la puerta de la sala de profesores, la abrió y desapareció dentro.

—Menuda pinta —comentó Rusty.

—Pues a mí me parece bien —dijo Rose con los labios fruncidos en un gesto de aprobación—. Así es como debe vestir un profesor. Inspira más respeto.

Rusty la miró con cara de extrañeza.

Sonó el timbre que indicaba el comienzo de las clases y todos se dirigieron a sus respectivas aulas.

A primera hora tenían ciencias de la naturaleza, con la señorita Sprout. La mujer, menuda y con una melena rubia despeinada, llevaba una blusa holgada de colores, un chaleco de gamuza, vaqueros acampanados y sandalias de plataforma. Acabó subida a una silla, aterrada, cuando Rose se colocó al frente de la clase para mostrarle las *Ecton malababus*, gritándole que se llevara eso de ahí. La chica regresó a su pupitre, frustrada.

—Qué poco espíritu científico —le susurró a Rusty, que estaba sentado a su lado.

—NI SE TE OCURRA VOLVER A TRAER BICHARRACOS A CLASE —vociferó la seño-

rita Sprout desde lo alto de la silla. Empezó a bajar con cautela—. Bien. Tengo algo que anunciaros. Quería que fuera una sorpresa, pero hoy me siento generosa —dijo, alisándose la blusa como si no hubiera pasado nada—. Mañana tenéis un examen que cubrirá todo lo que hemos visto desde el principio del curso. Así que ya podéis ir estudiando.

Se oyeron gruñidos de protesta entre las filas de pupitres.

—Oye —le dijo Rusty a Rose en voz baja—. ¿Me dejarás que...?

—Rusty, no te haría ningún favor si te permitiera copiar en el examen —lo interrumpió ella—. Tienes que conseguir las cosas con tu propio esfuerzo.

Rusty se apoyó la mejilla en la mano, refunfuñando.

Más tarde, tenían clase de educación física en el patio. El señor Pector, un hombre corpulento y calvo con un silbato colgado del cuello, los hizo correr por un circuito de obstáculos, gritándoles que fueran más deprisa. Rusty, que tenía dificulta-

des para arrastrarse por debajo de la red y saltar de un aro a otro sin tocar el borde, se iba rezagando. Cuando llegó frente a una pared de madera de un metro y medio de altura que había que trepar con la ayuda de unas cuerdas, se detuvo, resollando.

—¿Qué le ocurre, Jones? —le gritó el señor Pector, que siempre había querido ser sargento del ejército para humillar a los soldados pero no lo habían dejado alistarse porque tenía los pies planos—. ¿Se ha puesto demasiada miel en las tortitas esta mañana?

—No..., no, señor Pector —jadeó Rusty—. Es que no puedo...

—¿«NO PUEDO»? —rugió el hombre—. Jones, esa frase está **TERMINANTEMENTE PROHIBIDA** en mi clase.

—Pero...

—**NI PERO, NI PURO** —bramó el señor Pector—. Ahora, como castigo, va a subir y bajar por esa pared cuatro veces.

Al oír esto, Rose, que acababa de escalar la pared y saltar al otro lado, dio media vuelta y se acercó a Rusty y al profesor.

—Disculpe —señaló—, pero eso no tiene lógica. Si no puede subir una vez, menos aún va a ser capaz de hacerlo cuatro...

—¿LÓGICA? —rugió de nuevo el hombre—. ¿Desde cuándo sirve LA LÓGICA para estar en forma, señorita Cotten?

—Hombre, pues desde que se desarrolló la ciencia de la actividad física y el deporte... —contestó Rose.

Con un gesto contundente, el profesor les señaló las colchonetas.

—Castigados. Treinta abdominales.

—¿Los dos? Pero...

—Cincuenta.

—Gracias por defenderme —le dijo Rusty cinco minutos después, mientras los dos hacían los abdominales—. Pero tal vez habría sido mejor que te hubieses quedado calladita...

—La verdad es que el profesorado de este colegio deja mucho que desear —masculló Rose, su- dando la gota gorda.